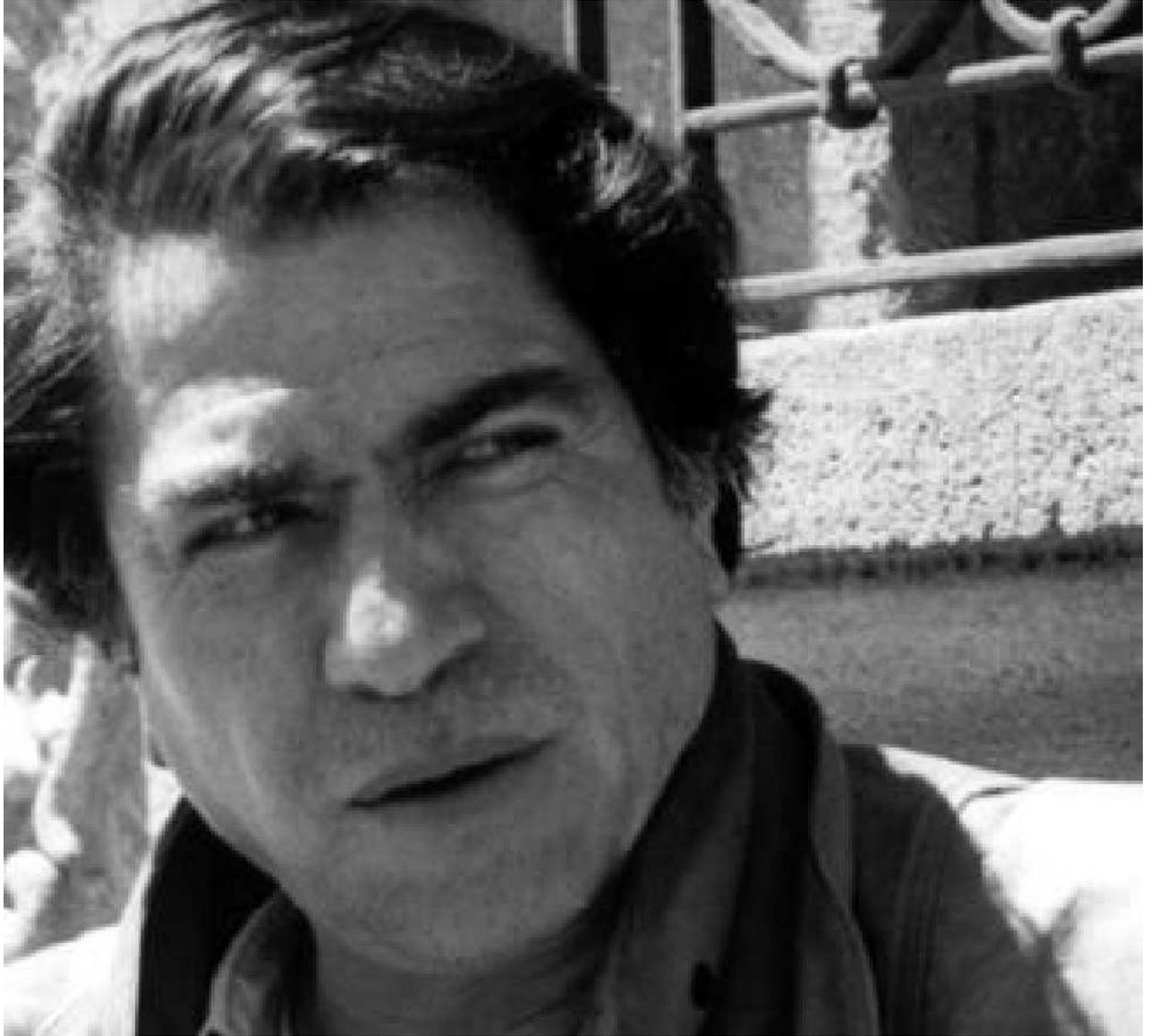


Arquitrave



Iván Oñate • Krystina Rodowska • Hilda Hist
Penti Saarista • Francisco de Asís Fernández Arellano
Héctor Berenguer • Liliana Lukin • Lucía Donadio
Winston Morales Chavarro • Mario Echeverri Beltrán

Cucarachas

León Darío Gil

Su frenética inquietud,
su esclarecida vocación por la noche,
el modo místico de buscar el mundo;
de examinarlo y vivirlo,
como aterradoras máquinas de cuerda.

Incontable legión de ángeles desahuciados.
Inexorables habitantes de la casa.

Su respeto preclaro por el hombre; le huye,
su indeclinable fe por su misión y su suerte,
su reino innumerable de oquedades y hendidias.

Dios las hizo para procurarnos la noción de persistencia.

Jamás ni nunca las cansará la eternidad;
son indestructibles... aunque mueran aplastadas.

Arquitrave

Harold Alvarado Tenorio • Director

<http://www.arquitrave.com>

ISSN: 1692-0066

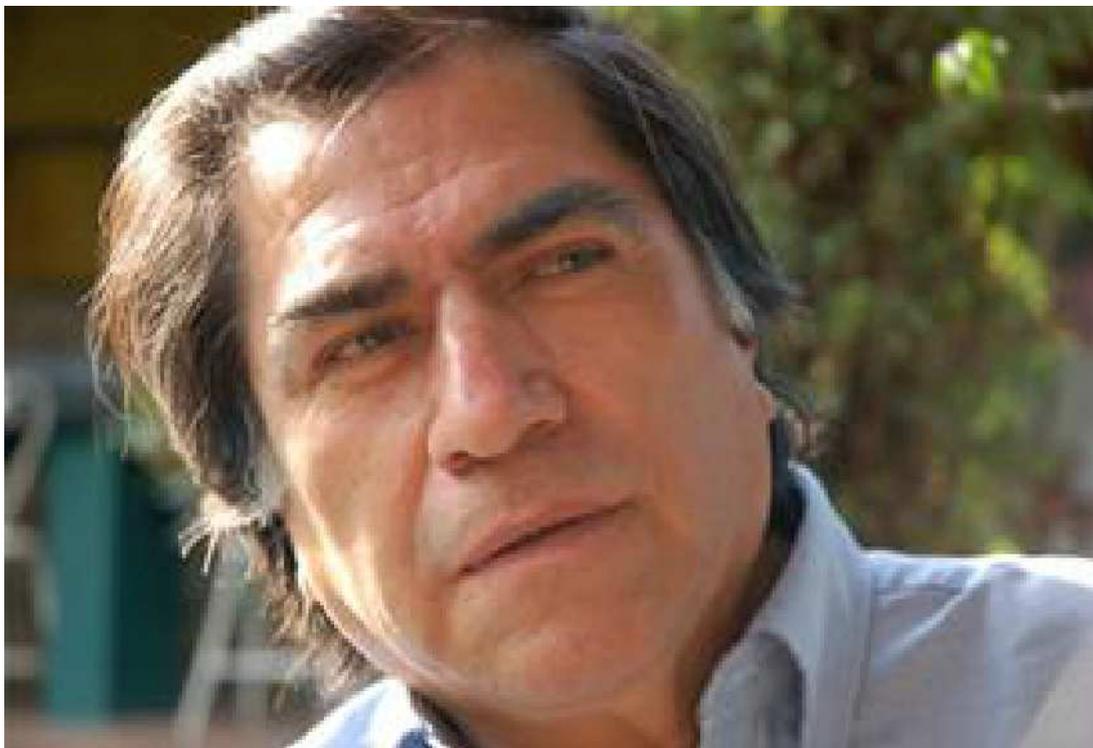
Año V # 28

Diciembre de 2006

Arquitrave se publica con el patrocinio de Alberto da Costa e Silva, Antonio Caballero Holguín, Cristina Peri Rossi, Daniel Balderston, Diómedes de Jesús Cordero, Elkin Restrepo, José Prats Sariol, Juan Diego García Mejía, Juan Manuel González Martel, Luís Antonio de Villena, Pedro Granados, Raúl Rivero Castañeda, Ricardo Aguirre Piñeros, Rigas Kappatos, Rowena Hill y William Ospina.

IVÁN OÑATE

Krystyna Rodowska



Al recorrer los paisajes despiadados de Iván Oñate, dejándome llevar por los ritmos alucinantes de sus estructuras verbales, no pude resistir a una impresión, cada vez más imponente: aquí no se trata sólo de poesía. No se trata del saber confeccionar los versos impecables, aunque no cabe la menor duda, que Oñate conoce perfectamente todos los arcanos del hacer poético; es un hacedor que domina el inicio del poema, cuida su despliegue o expansión, para culminar con un final estremecedor y a la vez sobrio.

«Yo que del mundo/hice un paisaje reseco y adverso», advierte el poeta, subrayando él mismo la singularidad de su visión de la realidad. Efectivamente, el autor de *Anatomía del vacío*, de la *Nada sagra-*

da, entre otros, pertenece a estos pocos y raros espíritus, cuya manera de ser a través de la escritura, se deja reconocer casi inmediatamente. Es de Oñate la tonalidad tenebrosa de los paisajes metafóricos del «país en ruinas», evocados a lo largo de su obra poética, con su mugre y descomposición, con el miedo y la agresión latentes, donde el yo del poema, acusador y culpable, narcisista y solidario con otros «enjaulados» en una vida llena de rutinas, se encarna en fantasmas y figuras del Destino, que acecha a todos, desde adentro más que del exterior. Todo flota en el ambiente de misterio intrínseco, de naturaleza ontológica y epistemológica, que sacude los límites verbales del poema. Las palabras juegan con ambigüedad, con paradojas y reticencias, creando una especie de niebla semántica, cohabitando con efectos de amplificación, de donde sobresalen los signos del mundo reconocible : las «negras bodegas que cruzan el océano», «los prostíbulos desesperados» , «charcos de humo y sangre» que había dejado una guerra sin características locales, «esa que les sucede a los otros, allá/ en el futuro o en libros de historia/ la misma que nos afrenta en las calles/en las camas». El poeta suele recurrir a las técnicas oníricas de dinamizar sus «países de las tinieblas», pues el ambiente del sueño (figura estilística fundamental en la obra de Oñate), de pesadilla, le permite asomarse al «más allá» de las palabras, forzar los límites del conocimiento.

A la luz de estas observaciones primarias, *La Frontera*, el poema que publica Arquitrave, se revela como uno de los poemas emblemáticos de Iván Oñate. El término mismo de la frontera, de «al límite de todo», evoca los estados de conciencia limítrofes, en los cuales el poeta encuentra su identidad profunda. Llegar hasta la frontera de lo conocido, empuja a dar un paso en el vacío, saltar en el terror desnudo del destino, que en un instante de suprema lucidez, dejará ver su rostro, oculto hasta entonces. Un rostro con rasgos, que teníamos la ilusión de conocer, y que nos acompañaba desde

siempre. Pues el enigma de la vida y de la muerte, del amor, estaría inscrito en cada célula de nuestro ser, en cada paso, que damos a tientas, bajo el dictado, aparentemente caprichoso, del azar.

Todos los poemas de Oñate se caracterizan por el tono confesional, como si el autor quisiera firmar con su propia sangre el memorial de sus luchas íntimas con las «fronteras». Y sin embargo, este tono grave y contenido, de alguien, que se enfrenta con sus propios abismos, nos concierne a todos, sus lectores. Del universo cruel y sin embargo tierno de Iván Oñate nadie saldrá indemne. Basta con «abrir los oídos», en el sentido bíblico de estas palabras, cuando se escucha la alucinante letanía del poeta al dios «caído», «sin recursos» de un Friedrich Nietzsche, un dios «ateo», convocado, con ardor de desesperación, a vencer el estado de agonía. Pues la «caída» de este dios, según sugiere el título de uno de los mejores poemas de Oñate, invoca, a través de la negación apasionada, la insistencia de lo sagrado en los rincones más desilusionados del alma humana.

Olvidémonos de las consolaciones fáciles, de las imágenes hermosas y alentadoras. No hay que buscarlos en la obra de este poeta, consumido por la pasión de ser. En su laberinto de tinieblas que sirven de fondo a los relámpagos de revelación, tejido de paradojas, se añora al Ángel, que sin embargo, le permanecerá «ajeno», como el título de uno de sus libros. «Atrapado/ en el supremo instante/de la eternidad, traspasado/ por su ausencia», se agita allí este animal metafísico insomne: Iván Oñate.

LA FRONTERA

Iván Oñate

Otra vez la frontera.

Otra vez
este despertar en un ruinoso hotel
levantado al borde del abismo,

Al límite
donde acaba todo:

La patria, el sueño,
la casita propia,
la evolución de las especies,
la seguridad social,
la familia.

Al vértigo,
donde mis huesos
acobardados
se retiran un poco de mi piel
al presentir las cercanías del vacío.

Piénsalo bien me dicen,
piénsalo,
y se anudan en el centro del miedo.

La frontera.

Abajo,
a cien metros de mi ventana,
dos hombres discuten y se amenazan con disparos.

Un poco más allá,
en la autopista abandonada de este país en ruinas,
esquivando postes caídos,
caballos destripados
y la niebla sin mañana
que se desprende del lomo de los perros,
un motociclista desquizado
juega a aplazar su suicidio.

¡Pum!
En este momento alguien se apiadó de él.

Puedo percibir en el aire
el alivio de su alma
mezclándose con el olor de la gasolina.

¿Por qué vine a dar acá?

Tal vez
para aceptar
que lo único de lo que se puede huir
es de lo amado,

Porque los enemigos
siempre estarán contigo.

Nunca te abandonan.

Es lo único que traes
cuando llegas a la frontera.

En medio de los muertos,

En medio del espantoso silencio
que prosigue a las batallas,

Su odio
y su rencor
es lo único que vive.

En lupanares galácticos,
en medio de rufianes
que parecen haber escapado de todo,
te darás cuenta que tampoco pudieron huir
de sus enemigos.

Es con ellos
que discuten y hablan a solas
en la madrugada.

Tal vez,
por eso,
todos nos enrumbamos hacia la frontera.

Al límite de todo.

Sin atrevernos
a levantar la cara del lavabo,

Deteniéndonos
a contemplar en sus grietas,
los restos del dentífrico, los pelos,
la mugre
que dejaron otros viajeros.

Otros como yo
que tampoco se animaron
a levantar la cara
y mirar de frente en el espejo:

Al enemigo.

HILDA HILST

Francisco Véjar



La existencia de Hilda Hilst osciló entre el delirio, la soledad y el amor. Fue desenfadada y precoz para su época. Sus escritos le quitaron el maquillaje a la hipocresía. En los noventa anunció su despedida de la literatura «seria», explorando lo que algunos han dado en llamar «género pornográfico». Nacida el 21 de abril de 1930, en Sao Paulo, su primer cuaderno de poemas lo tituló *Presagio* (1950). Allí muestra una poesía femenina, exenta de pudor y timidez. En el texto número 14 de la obra, dice: «Fui monja/ vestida de negro/ en el laberinto azul./ Antes del ser/ había un hombre/ consciente/ destruyendo el lirismo/ de mis madrugadas./ Estaba presente/ en las conversaciones de los bares/ y en las historias solitarias». Entre 1937 y 1945 estuvo internada en una escuela dirigida por monjas. Esta educación religiosa originó la orientación mística de parte de su trabajo.

Posteriormente, edita *Balada de Alzira* (1951) y *Balada del festival* (1955), libros que ella misma se costea. Sin embargo, la autora afirma que su debut literario se inicia con la publicación de la *Pauta del silencio* (1959). Esta obra da cuenta de los horrores vividos durante la Segunda Guerra Mundial. En ese tiempo participaba activamente de la vida cultural y bohemia de Sao Paulo y Río de Janeiro. Son años de gran efervescencia social en América Latina. No es casual que se manifestara en público a favor de la libertad femenina, en el ámbito profesional, artístico, amoroso y erótico.

En una oportunidad, para poder conversar con Marlon Brando, se hizo pasar por reportera. Le había encantado la película «Un tranvía llamado deseo», dirigida por Elia Kazan. Su belleza y talento eran sobrecogedores. Felipe Moisés, escritor brasileño, recuerda: «La conocí cuando ella tenía 17 años, en casa de Massao Ono, donde había ido en busca de editor para mi primer libro. Mientras conversaba con Ono, entró una mujer deslumbrante; rostro de estatua y sombrero de paja. Vi a aquella mujer fantástica y Ono me dice que es escritora. No es posible, pensé, mujer tan bella no necesita ni hablar ni escribir».

Sus pretendientes eran numerosos. Con el músico y poeta Vinicius de Moraes tuvo un idilio. A poco andar, éste le dijo: «Para tener tu amor, tengo que ser un gran caballero». En esa época, Sao Paulo y Río eran una fiesta para Hilda Hilst.

Pese a ello, en 1963 se retira de la agitada vida social. En 1966 se muda a la parcela de su madre, en los alrededores de Campinas, con el fin de dedicarse por entero a la literatura. Ese aislamiento se vio simbolizado en la Casa del Sol, ubicada en los predios de su progenitora, estancia que hizo construir en un estilo arquitectónico que recuerda un monasterio español. Esto surgió de la lectura del escritor griego Nikos Kazantzakis, que la marca profundamente. Le dedica el conjunto de poemas titulado *Trayectoria poética del ser* (1963-

1966), donde escribe: «Tómame tierra generosa.../ úngeme la boca, la lengua/ para decir una palabra olvidada y alcanzar el ser».

Nunca deja de lado el feminismo. Es iconoclasta. La poeta brasileña Cristiane Grando afirma al respecto: «Ella construyó un universo de la mujer que asume su papel social, en un mundo normalmente dominado por lo masculino. En *Trovas para un señor amado* (1959), escribe Hilda: «Me dio el amor este don/ Para decir en poesía. / Poeta y amante es lo que soy». Hilda Hilst realiza más de cuarenta libros, desde 1950 a 1995, ya sea de poesía, piezas de teatro escritas con la intención de denunciar las atrocidades de la dictadura militar, o bien prosa poética, en la cual lo sagrado y lo profano, la trascendencia y la sexualidad, frecuentan el mismo espacio. También incursionó en la crónica de humor para el diario «Correio Popular», de Campinas, género con que quiso desenmascarar a la sociedad de su tiempo.

Ejemplo de ello es *El cuaderno rosa de Lori Lamby* (1990). Allí aborda una narración erótica/obscena, donde los personajes metaforizan de manera humorística el absurdo existencial y social del mundo contemporáneo. Quiere expresarse sin tapujos. Este ciclo está compuesto por *Cuentos de escarnio / Textos grotescos* (1990), *Cartas de un seductor* (1991) y algunos poemas satíricos de *Bufonas* (1992). Con ello, Hilda Hilst se replantea el papel de la literatura en el mercado neoliberal.

A ello se suma la publicación de *Estar siendo. Haber sido* (1997). El personaje principal, Vittorio, último de una larga serie de alteregos masculinos, enfrenta una muerte ahogado en alcohol, un ajuste de cuentas a su propia vida y entorno. Escribió *Alcohólicas* (1992), libro de poemas de carácter biográfico. Dice: «Te amo, vida, líquida estela donde me deleito».

La editorial brasileña Globo decidió publicar desde 2001 su obra completa. Este proyecto contempla editar por separado cada uno de

sus libros. Ya salió a la circulación *La obscena señora D* (2001). ¿Y qué es lo obsceno?, se preguntó alguna vez Hilda Hilst. «Nadie sabe hasta hoy qué es lo obsceno. Obscena para mí es la miseria, el hambre, la crueldad. Nuestra época es obscena». Se sumaron luego los tomos *La muerte. Odas mínimas* (2002) y *Baladas* (2002). En la actualidad, sus escritos están siendo traducidos al inglés y castellano.

Los días de Hilda terminaron en la Casa del Sol, bebiendo de vez en cuando una copa de vino, en recuerdo de sus amigos Dean Martin y Carlos Drummond de Andrade, entre muchos otros. El silencio se poblaba de voces. Escribía sin cesar y recibía visitas de admiradores. El ánimo la acompañaba, pero no la salud. En la madrugada del 4 de febrero de 2004, murió a la edad de 73 años. Dejó escrito en una de sus notas: «Para poder morir apetecida/ Me cubro de promesas/ Y de memoria/ Porque es necesario/ Para que tú vivas».

HILDA HILST

No me busques ahí

No me busques ahí
donde los vivos visitan
a los llamados muertos.

Buscame
dentro de las grandes aguas
en las plazas
en el fuego corazón
entre caballos, perros,
en los arrozales, en el arroyo
o junto a los pájaros
o en el reflejo
de otro alguien,
subiendo un duro camino

Piedra, semilla, sal
pasos de la vida. Búscame ahí.
Viva.

Hoy te canto y después en el polvo que he de ser

Hoy te canto y después en el polvo que he de ser
te cantaré de nuevo. Y tantas vidas tendré
cuantas me darás para otra vez amanecer
intentándote buscar. Porque vives de mí, Sin Nombre,
sutilísimo amado, relincho del infinito, y vivo
porque sé de ti tu hambre, tu noche de herrumbre
tu pasto es mi verso rociado de tintas
y de un verde negro tu casco en los arenales
donde me pisas hondo. Hoy te canto
y después enmudezco si te alcanzo. Y juntos
iremos a teñir el espacio. De luces. De sangre.
De sangre.

Ardiente. Oscuro. Tu ardiente soplo

Ardiente. Oscuro. Tu ardiente soplo
sobre la oscura cerrazón de la garganta.
Palabras que pensé atrincheradas
resurgen delante del toque nuevo:
Carrascales. Gárgolas. Emergiendo del luto
viene llegando un lago de sorpresas
recreando musgo. Vuelven las seducciones.
Vuelve mi propia cara seducida
por tu doble rostro: mitad raíces
oquedades y pozo, mitad lo que no sé:
Eternidad. Y vuelve la ferviente languidez
las sales, el mal que ha sido esta lucha
en tu arena crispada de puñales.
Y de estos versos, y de mi propia exuberancia
y exceso, ha de quedar en ti lo más sombrío.
Dirás: qué instante de dolor y de intelecto
cuando soñé los poetas en la Tierra. Carne y polvo
Lo perecible, exudando resplandor.

Que las barcazas del Tiempo me devuelvan

Que las barcazas del Tiempo me devuelvan
la primitiva urna de palabras.
que me devuelvan a ti y a tu rostro
como lo conocí desde siempre: punzante
pero centellante de vida, renovado
como si el sol y el rostro caminasen
porque venia de uno la luz del otro.

Que me devuelvan la noche, el espacio
para sentirme tan vasta y poseída
como si aguas y maderas de todas las barcazas
se hiciesen materia rediviva, adolescencia y mito.

Que te devuelva la fuente de mi primer grito.

Si yo supiese

Si yo supiese
Tu nombre verdadero

Te tomaría
Húmeda, tenue

Y entonces descansarías.

Si susurraras
Tu nombre secreto
En mis caminos
Entre la vida y el sueño

Te prometo, muerte,
La vida de un poeta. La mía:
Palabras vivas, fuego, fuente.

Si me tocaras,
Amantísima, blanda
Como fui tocada por los hombres

En vez de Muerte
Te llamo Poesía
Fuego, Fuente, Palabra viva
Suerte.

PENTTI SAARITSA

Un Diciembre sin nieve

Un Diciembre sin nieve, una fortaleza de oscuridad
colmada de nimios centelleos de árboles de patio casero
manojos de luciérnagas árticas,
cautelosa luz ceremonial,
sin embargo, el descanso retorna tan rápido: una gélida tormen-
ta asfixiante desde el sudoeste, maciza
como una ciudad construida fuera del viento,
perturba a cada diminuta pieza de metal desvencijado,
cada puerta chirría y bufa a lo largo de la noche larga
a través del metal de los tejados como truenos distantes.
Un otoño rancio, una quinta estación
transpuesta por ninguna osadía;
sólo los hábitos ayudan, letargo
y el siempre confiable cigüeñal,
el movimiento del planeta

Un invierno suave es un estado de la mente

Un invierno suave es un estado de la mente,
el negro del mar, no congelado,
como la oscuridad en sí misma
que se parece recoger incluso
cuando se está acabando.

El viento afable mima a un cuervo
que finge una escalada en la corriente,
sin embargo, aborda con control perfecto
la rama más alta del parque, gesticula
como un tipo copado por el policía que
sabe que las autoridades no pueden pasar
más por encima de él.

En la caldera del diablo sobrevivirá mejor
que una persona desmayándose en una casa de piedra.
Está afuera, Dios-creado,
pero dentro del viento, en un algún antiguo ajuste.

En verano no deberías pensar

En verano no deberías pensar
en la naturaleza del Ser; ni siquiera
Descartes entreverando algo perfectamente claro:
en verano, tú, no puedes figurarte el pensamiento de Dios
porque es demasiado brillante, y nada existe
incondicionalmente.
Los buenos filósofos viejos
están en su mejor forma
en los atardeceres de otoño, cuando usted puede echarse
a Spinoza, por ejemplo, sobre sus hombros,
como un abrigo irlandés, solitario y oscuro,
cuando UD. sale a dar una caminata
alrededor de la anochecida en el parque de Kaivopuisto.
La torre de cristal, en el observatorio de Ursa,
en la necesidad eterna de las cosas que comienzan a elevarse;
en el instante en que tú, alcanzas
el restaurante de Kaivohuone
ella está lista, y en la veleta, con un par
de cervezas, tú puedes depurarse en la nada.

Nadie te avisó que este baile

Nadie te avisó que este baile podría durar tanto, irrumpiste para distraerte en un juego que se puede dejar para regresar a casa a comer o a dormir cuando viene la noche y la noche regresa, pero las manos que te enganchan te mantienen en la rueda, no te sueltan, después de un cauto afán te rindes, repites la jugada, sigues sonriendo pero con otro guiño, apenas concibes que es veraz no obstante el baile se alarga durante la noche y las sombras se sacuden largas y duras como una carne oscura, y el horror primero te golpea cuando después adviertes que era precisamente aquello, tu propia vida, aún así quebrantas ese espanto y sospechas que puedes ocuparlo, y se disipa cuando apresas el placer nato, luego un segundo espanto incalculable y una dicha aún más grande y las piruetas del baile persisten cada vez más insondables durante días y noches, y ríes y lloras con las risas de los inseparables los llantos de todos, y bailas cada vez mejor, imaginas nuevos pasos y te entusiasmas y sonrías y sabes lo que sabes. Nadie te había prevenido nada, con anticipación.

FRANCISCO DE ASÍS FERNÁNDEZ

Lady Elisabeth Brauthigam

Lady Elisabeth Brauthigam fue malditamente hermosa
como las aguas de un río fluyendo sin obstáculos ni fatigas.
Era experta en demoliciones humanas y
no le tenía miedo a nadie.
El amor odia la libertad -decía- y solo confió en sus instintos,
en sus labios y sus caderas.
Blufileña de 1909 se montó en los vagones de la historia
y en los sueños de tener ferrocarril, carreteras,
canal interoceánico, aeropuertos internacionales y
tiendas con el glamour de Nueva Orleans.
Anduvo en los mismos vagones de verdades y mentiras
del General Emiliano Chamorro
y de mi tío abuelo Ernesto Fernández, que fue Intendente
de la Costa en la época de los conservadores,
anduvo en el vagón de los generales Carlos Pasos y
Luis Beltrán Sandoval en la Guerra Constitucionalista
y contra Sandino en la Montaña de la mano
del Poeta Manolo Cuadra y en el vagón de páginas blancas
y bellas de las novelas de Lisandro Chávez,
y nunca supo que sus vagones no tenían rieles porque
eran vagones pintados por Marc Chagall
en el cielo de telas de la June Beer,
porque estaban montados en lunas de Valencia o se
escapaban como los peces de
las profundidades de la Laguna de Perlas.

Lady Elisabeth Brauthigam era un pájaro acuático
que volaba y nadaba con soltura.
Ella tenía el poder de dibujar lluvias, vientos y nieves
sobre la arena, adivinar el final de las frases de sus amantes
y de jurar que las amantes siempre duermen
con pistolas bajo las almohadas.
Lady Elisabeth Brauthigam fue una Emperatriz
de mosquitos y lagartos en el pantano del amor y la poesía.
«Hay que comerse lo que uno mata
y yo me comí a todos los hombres que maté
—me dijo una vez-.
Lady Elisabeth Brauthigam fue una
negraendemoniadamente hermosa que murió en Granada
a los 96 años con la distinción y el silencio del río Escondido
y con la majestad de las murallas de corales de los
Callos altaneros del Caribe nicaragüense.
¿Cómo eran los sentidos en su memoria?
¿Cómo eran a sus 96 el gusto, el olfato y
el tacto de sus hombres?
¿Cómo eran las imágenes de sus espejos?
¿y aquel trago de aguardiente, con naranja, agua de rosas
y menta que se tomaba antes de hacer el amor?
Lady Elisabeth Brauthigam tenía secretos tan
profundos como el mar y se murió por
la alegría de cumplir sus primeros 96.

A Lisandro Chávez Alfaro

HÉCTOR BERENGUER

Sinaí

No hay ápice entre la roja arena
solo altura y sed que nos devora,
amo esa sed que penetra arrogante
las bocas de lo incierto.
Por cada línea de estas manos
escala terrible la llama del exilio
el corazón mismo de la separación.
¿Quién nos impuso está voluntad
de consumación y olvido?
Muertos los bellos dones de lo inútil
la tierra está herida de finalidad,
nadie resiste ya la ardiente desmesura
de sus últimos límites,
y la vida
sin tregua
y sin afanes
acomete y se agita
en el vientre de todas las furias.

Un círculo en la seda

La gran campana
muge en medio de los sueños
junto al Buda de jade
Las frutas caen enormes y perfectas
todo lo consume la tierra
todo lo bebe su sed
cada boca es una herida
que implora ayuda
cada vida recorre su milagro y se pierde
¿Por qué entonces el éxtasis
por qué la reina encadenada
en su colmena de ámbar?

Resuena la lenta letanía del sutra del gran loto
- No hay vestigios de hombres ni de dioses
olas y hondas fluyen ligeras en el cielo otoñal -
toda vida se agita dentro del gran espejo
solo la luna compasiva se desvanece
en mil astillas de luz.

Allí está el hombre

Tan cerca de la mano
que señala lo insondable,
tal como el temblor
que a veces precede al despertar,
escuchas las voces de la tierra.
Su latido entra y sale de ti,
extraña respiración,
que habita el abandono.
Lo que no tiene importancia
ninguna razón posible,
¡Qué bello este embelezo
esta extraña ebriedad
de lo existente
que tiende su seda sobre nada!
Palabras como hojas
que esperan la madurez del fruto
tanto y tan poco tiene ese hombre
alguien que lo pronuncie
en el excesivo azul
de esta mañana.

Con agua entre las manos

El que sube esas nervaduras
trepa la mano que alimenta al dragón
y puede mirar las líneas de la noche
con nombres y rostros olvidados.
El dragón de la casa azul
conoce la respiración de la luna,
donde aún ahora
deambula errante
Rousseau, el aduanero.
entre ramas de un bosque primitivo.
Así, uno se construye, imaginándose,
después se sueña ser el que se es.

Día tras día

Cada cual
oye un silencio
que le sobrevive
lento
ir y venir
entre la voz que adviene
y la que olvida.
Abierta distancia
donde la palabra agita,
su más alto silencio.
Más allá de saber
que somos explicables
es ese silencio
quién habla por nosotros.

LILIANA LUKIN

Teatro de Operaciones Campo quirúrgico

1

La sierra eléctrica trabaja
sobre los troncos peligrosos.
Mi estancia entre los pinos
se ha vuelto literaria:
en la trepidación del sonido
contra el cual despegar
mi escena de escritura,
escribo con *temor y temblor*.
Haber leído el *testamento*
de Rilke, esas cartas urgentes,
cuando no había en mí urgencia
ni pinos, no mejora este momento.
Pero la memoria de una sierra
mortificando al poeta cada día,
hace de estos árboles cayendo
sobre mi cabeza, otro peligro:
soñar sólo con maderos,
no soñar más que ruidos
en un sueño sin gente.
El aire blanco de la quemazón
es un himno entonado suavemente
que se levanta de los muñones
incrustados bajo tierra,
aún cuando todo ya ha cesado

como en el *paisaje después
de una batalla.*

Mi estancia aquí en la niebla,
entre el deseo y la voluntad,
es una prueba de resistencia un trato con la vigilia
en el que llevo las de perder.

2

Me acompañan todas
las noches de escritura
como fuegos fatuos
esos rescoldos quemando al ras
la memoria de los altos follajes.
Los veo –se ven- aquí y allá casi
cinematográficos: contrastes,
brillos, reflejos, movimientos
en el lugar del asesinato.
Pequeños incendios circulares
que penetran en el barro
alrededor de esa amputación.
Harán listones, tablas, leña,
un futuro de utilidad
para el árbol caído.
Pero yo he visto: el lazo atándolos,
el lento trabajo de los dientes,
el momento crucial

en que se desploman
como toros en la estocada,
entre los gritos y la fuerza
de los hombres.

Y quedan los grillos del crepitar:
lo que se quema no duerme.

3

El humo viene a mí, se estrella
contra la ventana, se hace menos
espeso sobre los techos,
focos nuevos arden
grisados detrás de los árboles,
tapando un cielo de mica
que apenas roza el suelo
se golpea con el humo.
Estoy alerta en un sueño
con hombrecitos lejanos que operan
máquinas sobre las frondas, el musgo,
la densa capa de hojaldre de lo vivo.

Ellos tienen algo de lo que hacen:
astillados, indiferentes a su propia
quemazón.

4

Hacia las flores el humo se disuelve
del mismo modo que se apaga
la sierra: entonces ellos vuelven
a dar voces, se avisan y llaman
en el concierto de un olor a pino.
Mi oído se reconcilia con la tregua
como si en el instante hubiera paz:
ellos caminan del otro lado
en un aire irisado y sucio, frío,
y yo quiero entrar a esa realidad
como se sale de un sueño, para ver,
pero otra vez empieza ese rugido
y me corta
el paso en dos,
como a uno de los
troncos condenados.

Mientras, potentes y ciegos,
los penachos en espiral del humo
avisan que no cesa la mortandad.

5

Ha llovido durante días:
fina, filosa, pertinaz el agua
pudre, lava y abrillanta.

Ajena a toda intemperie
que no fuera la propia,
yo regaba las plantas
del lado cálido del vidrio.
Hoy al fin he salido a mirar
algo que no soy, el lago
alrededor del estrago
de los trabajos: tuve que salir
a distraer mi cuerpo del daño
visible: dolores al escribir,
árboles segados de raíz.
Días enteros de llover dejaron
charcos que hubieran sido
espejo de las altas copas
duplicándose,

pero lo continuo se ha quebrado,
y ahora sólo se ve allí cielo,
agua, esos veranos.

6

El trabajo de allá, afuera,
ha hecho de mí «la espectadora»,
una testigo de esta forma de exterminio.
Las masas volátiles y compactas
que se levantan desde el suelo
trazan sombras sobre el pasto:

fugas de nubes bajas que oscurecen
el día como un entendimiento.
Y esa música de un serrar
que precede suave a las fogatas,
pone en correspondencia
mi cuerpo con la naturaleza:

vuelvo a mezclarme con el humo
y me atraviesa el perfume
de una lenta aniquilación.

7

Me dicen que habrá frutales,
que la penetración del sol
hará una alfombra de la hierba.
Por cada muñón
dos árboles futuros:
mientras florecen yo iré
madurando y podré
no olvidar los ojos de agua
vacíos, las cenizas en círculo,

este humo: una catástrofe
sobre mi vida.

LUCÍA DONADIO COPELLO

Calicanto

Con el instrumento de las manos,
surco las hendiduras del pasado,
excavo la milenaria sombra de las cárcavas del limo,
interrogo la estratificación del ámbar delineado en
las capas de tus ojos,
trazo la urbe de tus dedos sobre los cantos rodados,
dilucido la cotidiana y huidiza trampa de la aurora.

Vislumbro en un diluvio antiguo,
el trueno de las manos iluminando la ráfaga del fuego,
lluvia de azahares sobre el vientre de las hojas,
milennrama sedimentada en las arcas del blanco,
memoria pretérita del día en que las fieras
devoraron las abejas,
y el oriente de los cuerpos trazó la cavernaria
quietud del crepúsculo en el vértice del instante.

Acestros asediados por la tormenta del temblor,
trasunto mágico del deambular homínido,
sueño escarpado que transita la infinitud de una alacena,
donde se guardan las anchas y borrosas heridas de la tierra,
que jamás abandonan su relieve de fuga
en los océanos del día.

Mares

Un mar de ausencias
repetidas y telúricas,
ahogo la niña de mis ojos
encadenando el viento de los sueños.

Un mar de azules
ondulantes y fecundos,
cercó el iris de mis ojos
soltando las amarras de la aurora.

Un mar de voces
serenas y orbitadas,
abrió el umbral del pozo hondo
allí donde te busco
te recorro
te excavo cada día en mi ritual de puerto,
que besa los ojos del ausente
en esta orilla blanca.

De cuando en tarde

De cuando en tarde
los rostros más amados
los mástiles del día,
deslizándose a sotavento
se alejan como nubes de flores,
trayendo la tempestad a mis orillas,
las olas zarandean mi frágil quilla,
las juntas de antiguos maderos
beben las fugas de un entramado misterioso,
tormenta interminable que va y viene
con el trasegar de los mares.

De tarde en cuando
calafateo las junturas de mi entraña,
vislumbro una orilla tibia más
 allá de mis ojos,
descorro las velas de los días más
 allá de mis brazos,
bebo la incertidumbre como leche más
 allá de mi boca,
vuelvo a las aguas profundas
mis manos como remos deletrean
la eterna travesía de los sueños.

Umbral de casa

Este sueño de casa
de vientre y de raíces,
descorre tras la aurora
el dulce velamen de los días
embargados tras ventanas, puertas,
recodos, muros, nichos y jardines,
el ángulo de reposo despierta
el arco de una puerta,
hileras de ladrillos construyen
el antejardín de ecos muy antiguos
y un zócalo de presencias erige
los pilares de una fuente,
luces, vientos y sombras aparejadas
en el fulgor del deseo,
corrientes de cielo alumbran
sótanos y desvanes,
recintos y horas dibujadas
al compás de juegos de líneas
y vértices de voces,
aquí donde habitamos
los cimientos de un reino
que vive como un nido
entre los pechos.

Vísperas de viaje

Apuntaladas en las
vísceras del arco,
acontecen las idas y las vueltas,
frisan su estela de abalorios
incógnitas mordeduras del
diario transcurrir,
tiñen de mantos nuevos
las alas de los días,
provocando certezas y extravíos,
numen del sueño hundido,
llanto del juego abierto,
canto errático clamando su
nostalgia descolorida,
pesares misteriosos hinchan las
velas de los ojos,
esperanzas mullidas en sólidos abrazos,
partos de flores primigenias
acuñan en los albores
de una maleta,
víspera del sueño.

Retrato de un hombre en una esquina

Un hombre vende limones
en la esquina de los días,
atraviesa la ciudad entera
sin moverse de sus diez
metros cuadrados,
desfilan por sus ojos
los transeúntes de la mañana,
los escolares con sus libros
que abrigan el futuro,
las mujeres con sus preñeces
adornadas de colores,
la sabia voluntad de los hombres
encorbatados que cocinan
cifras y proyectos,
la fugacidad de cada instante
se siembra en sus pupilas negras,
el vaivén de este gigante
verde y gris
acontece en su cuerpo
que ausculta el mediodía
con la cuota de sol
que devora su piel,
y al irse la tarde
las manos vacías de limones,
son un cuenco de historias
que jamás podré escuchar

WINSTON MORALES CHAVARRO

Temps

La fiesta en la casa.
La algarabía de un río profundo
agrieta murallones y techos.
Un río universal
viene debajo de los pisos
y recuerda que estamos hechos
de las mismas cosas
sí del mismo elemento.
¿Hacia dónde corres tiempo?
¿Hacia qué escudos tus manillas de hambre?
¿Cómo trepas con tu escoria de esperma las llagas de Cristo?
Tu péndulo aséptico encanece relojes,
espejos, bobinas
y demás anticuarios
que ahora son como una herida en el hombro,
una herida multiforme
que quema la carne de Dios
y flagela el reloj de un arcano sublime;
la torre que me pertenece
y que ahora está derruida
como mi muerte en la piedra del aro.

Era

El eco.
El barullo de una tarde,
la historia de un olvido,
la médula mítica de un subsuelo
que se abre a otro
cuyo mejor silencio es su resonancia.
Todo está y se contiene en la baraja
todo pasa por los trazos invisibles
de una mano enferma.
¿Quién urdió el mapa de esta geografía?
¿Qué extraño interpuso la violencia entre sus ruinas?
Cierta arcano pasea por los valles
dejando en sus espuelas, sus crines y sus cascos
el rastro de una sangre condenada.
El diablo, la muerte, el loco
trazan sus líneas sobre una tierra
que no termina de inventarse.
Todo es negro, terriblemente oscuro.
Ni la estrella, el sol, la aurora
sonríen en este naipe de dígitos bisiestos.
Todo es negro,
absolutamente negro en el tarot de los hermanos.

Temps

La emperatriz tiene en sus manos la cara del cosmos.
La sacerdotisa dobla la hoja y resume la historia del éter.
Ellas,
sentadas en sus lunetas de piedra,
tienen en sus bucles el fusil del guerrero,
la antorcha del «para»,
la nitroglicerina del kamikaze.
Todo es inexorable
-dicen-
todo está en el brillo de la historia
en las iras que trae un Anacoreta:
el Caín que la muerte le reintegra a la vida
y que va por la noche trazando su escarnio,
su castillo mortuorio de guerra.
¿Quién de ellos el culpable?,
El primer Abel,
la primera honda?
Todo es obscuro,
terriblemente obscuro en el tarot de los hermanos
y ninguna golondrina llamea en la tormenta
para que restituya con su sangre
el reflejo de la muerte sobre el río.

El Loco

Usted es la mano que escribe desde mis dedos
usted es la sombra,
Extensión de un cuerpo oscuro.
Usted es quien diagrama la línea abierta de un país herido
Un país que se flagela con sus propias dagas
y lleva en su costado las cartografías de un mapa triste.
Usted habla esos idiomas
La lengua antigua de un universo ajeno a este universo
El dolor de una tierra que se pinta a sí misma sobre el rostro
y no conoce mejor vino que esa furia que desata sobre sí.
Usted es indiferente a esos hombres
que caen en la arenisca roja
que arrastran pesadas cadenas sobre el monte
que duermen en la noche triste del silencio
-porque en este país no hay mejor lenguaje que el silencio-.
Usted sabe que ellos no saben lo que hacen
y sin embargo su mutismo y su naturaleza estática
luce un dios misericordioso y compasivo
un demonio que se enfrenta a otro
porque en este país hay un dios para cada guerra:
Guerra que se configura como verdadera
En el tarot escrito por las manos de La Muerte.

El Mago

El Mago,
en su recóndito canto
oloroso a silencio,
habla de la noche
y su aura metafísica;
un aura que va
por esta estrecha carretera
donde el lodo y los cuervos
enturbian el camino
y donde no hay más Sol
que el centelleo de las balas.
El Mago arroja sobre el suelo
sus barajas españolas
pronostica la suerte de una estrella
que pende en el horizonte rojo
de un cielo incrustado en otro cielo.
Árbol de la vida
caña de la muerte
ingenio azucarero
paseado por cadáveres y moscas
aquí todo huele a moho,
a cuchillo, a fractura.
El Mago lo sabe:
indiferente y sordo
prosigue su camino
intocado por los graznidos de otra cruz.

MARIO ECHEVERRY BELTRÁN

El hombre

El hombre sobre su mulo
bendice con un escupitajo
cada flor amarilla
que cruza su mirada.

Llega a casa,
la mecedora recibe su cuerpo,
la mano izquierda
en el lugar de los besos,
sus ojos cierran,
el ocaso triunfa
y el perro persigue
(tres aullidos)
el instante que huye por el maizal.

En la distancia,
una casa de madera se dibuja abandonada,
en sus pisos
las huellas no dejan de ser un recuerdo.

Ya en el pórtico,
sentado,
con la mirada extensa en el atardecer,
el arriero busca un lugar para morir.

Campanas

El metal golpea a la distancia
y mi cuerpo
se estremece como una campana resquebrajada.
Sacudo mi cabeza
y entrelazo los labios...

Tu recuerdo, amargo, amenaza.

Iván Oñate (Ambato, 1948) es Doctor en Semiótica de la Universidad Autónoma de Barcelona y profesor de Literatura Hispanoamericana en la Universidad Central de Ecuador. Poeta y narrador parte de su obra ha sido traducida al alemán, francés, inglés, portugués, griego e italiano. Algunos de sus libros son *El ángel ajeno*, (1983); *Anatomía del vacío*, (1988); *El fulgor de los desollados*, (1992) y *La nada sagrada*, (1998).

Krystyna Rodowska (Lwow, 1942) es maestra en Letras Francesas de la Universidad de Varsovia. Poeta y crítica literaria ha traducido al polaco a numerosos poetas latinoamericanos, como Borges, Paz, Pacheco, Neruda y otros, recibiendo importantes premios. Ha viajado extensamente por México y España.

Hilda Hilst (Jaú, 1930-2004), una de las grandes poetas brasileñas del siglo pasado, publicó, entre otros libros de poemas y prosas *Presságio* (1950), *La obscena señora D* (1982), *El cuaderno Rosa de Lory Lambi* (1990), *Fluxofloema* (1970), y *Estar siendo. Haber sido* (1997). Las versiones españolas de sus poemas son de Leo Lobos.

Pentti Saaritsa (Helsinki, 1941), poeta, periodista y traductor de operas y autores latinoamericanos al finés, colabora en periódicos como *Ylioppilaslehti* y *Suomen Sosialidemokraatti*. Traducciones de Sergio Badilla.

Francisco de Asís Fernández Arellano (Granada, 1945), creador y director del Festival de Poesía de Granada, y del Patrimonio Turístico del Instituto Nicaragüense de Turismo, hizo estudios de teatro en la Universidad de Madrid y estudió literatura en Puerto Rico. Incansable luchador por la independencia de su patria, ha representado a Nicaragua en numerosos eventos y foros internacionales. *Espejo de artistas* (2005) es uno de sus últimos libros.

Héctor Berenguer (Rosario, 1948), coordina un grupo de lectores de poesía en un viejo teatro de su ciudad llamado El Círculo.

Liliana Lukin (Buenos Aires, 1951) estudio Literatura y coordina una Clínica de Escritura Poética en la Biblioteca Nacional. Algunos de sus libros son *Carne de Tesoro*, (1990), *Las preguntas*, (1998); *Construcción comparativa*, (1998); *Retórica erótica*, (2002) y *Construcción comparativa*, (2003).

Lucía Donadio Copello (Cúcuta, 1959) es Diplomada en Literatura por la Universidad Eafit de Medellín y coordinadora de dos talleres literarios en esa ciudad. Ha trabajado en etnohistoria e investigación social, programas de desarrollo social, docencia y capacitación para adultos. *Sol de Estremadelio* es su primer libro de poemas.

Wiston Morales Chavarro (Neiva, 1969), Maestro en Estudios de la Cultura de la Universidad Andina de Quito, ha recibido, entre otros, los Premios Nacionales de Novela José Eustasio Rivera y Universidad de Antioquia de Poesía. Algunos de sus libros son *Aniquirona* (1998) y *Memorias de Alexander de Brucco*, (2002)

Mario Echeverri Beltrán (Bucaramanga, 1982), estudió derecho en la Universidad Industrial de Santander, donde ha participado en concursos y publicado sus poemas. *En busca de Agnes* (2002), es su único libro.